

EL GALGO DEL GUADALQUIVIR

UNA NOVELA DE ANDRÉS CARDENETE



EL GALGO DEL GUADALQUIVIR

NOVELA (MUESTRA)

Andrés Cardenete

© 2026 Andrés Cardenete

Reservados todos los derechos.

NÚMERO DE ASIENTO REGISTRAL 04 / 2025 / 5683

A todos los Lázaros de este mundo.

PRÓLOGO

Yo ignoro qué necesidad tengo de ponerme a escribir aquí estas líneas. Tú podrías achacarlas a no sé qué súbito arranque confesional y, muy posiblemente, estarías cayendo en un error. Como comprobarás, si es que mantienes el empeño y la valentía de seguir leyéndome, ni la honorabilidad ni el remordimiento son inquietudes que podríamos considerar vinculadas a mi personalidad.

Más bien podría tratarse de un egoísta deseo de trascender.

O podría tratarse de una búsqueda de tu comprensión con fines, seguramente, maquiavélicos.

Pero como tengo la fuerte convicción de que mil vidas más dignas e interesantes que la mía ya fueron contadas, y

como nunca he buscado más misericordia que la de aquellos jueces que quisieron condenarme, es posible que exista un interés oculto en el relato de mis fortunas y adversidades.

Considera eso como un aviso.

Si tú que me lees te has acabado convirtiendo en una de esas personas que se escandaliza con tretas morales, dedica tu atención a otra cosa a partir de este punto.

Si ahora eres capaz de perder un día entero enfrascada en el ejercicio de preparar conservas de tomate y pimiento al baño maría para salvarte del apocalipsis, abandona inmediatamente esta lectura. Si has adquirido la costumbre de salir todas las mañanas, o las tardes —llueva, truene o el sol asfixie—, con una inamovible voluntad militar, a practicar el desagradable rito de correr durante kilómetros, pese a no tener quien te persiga y para no llegar a ninguna parte, es decir, terminar allí donde empezaste, ya no soy persona digna de tu tiempo.

En definitiva, si te has aburrido cuando una ancianita en andador ha cruzado el paso de cebra frente a ti y no has fantaseado, siquiera por curiosidad, con las posibilidades de soltar embrague, pisar el acelerador y pasarle por encima —o por lo menos de bajarte del vehículo y arrebatarse de sus manos seniles el apoyo— no te va a hacer mucha gracia nada de lo que leas a continuación.

Así que, si prefieres engancharte a ver esos trascendentes reels en Instagram o en Facebook o donde los veas,

hazlo. Nadie te obliga.

Si decides seguir adelante, tal vez descubras que el impulso de escribir estas líneas sea mi generosa y enciclopédica aportación al conocimiento de la condición humana. O tal vez solo pretendo entenderme a mí mismo. En ese caso, es hasta posible que este prólogo sea un ejercicio mentiroso –incluso conmigo – y sí busque tu comprensión; en este último caso, empezaré por el principio para que se tenga pleno conocimiento de cuál fue mi vida hasta hoy y de quién soy yo.

Tal vez quiera seducirte. Pero también podría estar haciéndote el lío.

AQUELLAS MADRES, AQUELLOS PADRES

El parto duró cerca de cuatro horas y mató a la madre que me parió. No sé su nombre ni si falleció por las escasas habilidades de los borrachos que la asistieron. En verdad, y aunque no tengo ni idea, siempre he pensado que murió porque yo no pude haber nacido de otra manera que de culo. Y así seguí viviendo. Solo he podido averiguar que era una drogodependiente, que me alumbró al borde de la sobredosis y que ocurrió en una orilla del Guadalquivir. El día de mi nacimiento es otra incógnita. Años más tarde, por un azar del destino, localicé al conductor de su coche fúnebre. Me dijo que, aunque recordaba «a aquella pobre puta», no podía precisar el día exacto de su último viaje. Luego cerró los ojos, atrapó su cabeza por las

sienes y precisó que por entonces se estaba disputando el mundial del 82.

Así que nací huérfano. Tampoco está claro si mi padre me abandonó o desconoce que hizo diana, así que fui entregado a una tía que servía a Dios en el Convento de las Carmelitas. A los pocos días de mi llegada —cuentan que superada por la situación—, mi tía abandonó el convento del brazo de un militar practicante. Solo sé de ella que la llamaban Sor Rosa.

Mis madres me llamaron como San Ernesto, por nacer el día de su onomástica. Era un niño débil y enfermizo. No me pegaba nada el nombre de un abad que lo abandonó todo para alistarse en la Segunda Cruzada. A consecuencia de las altas fiebres me dieron en tres ocasiones la extremaunción, pero sobreviví a todas. Me terminaron apodando Lázaro y como Lázaro Expósito he vivido hasta hoy.

En el convento me educaron como Dios manda; es decir, a golpe de coscorrón. Puedo recordar poco, lo justo hasta donde alcanza mi lejana memoria infantil, la primera de mi vida; pero las monjas me trataron como un hijo.

Cuando me portaba mal en misa, la madre Virtudes me tiraba del flequillo con violencia hasta que mi frente se estampaba contra el banco, como si fuera su hijo.

La madre Asunción hacía todos los lunes albóndigas de pollo, mi plato preferido, como se lo haría a un hijo.

La madre Ángela me daba cachetes cariñosos en el culo cuando nos cruzábamos por los pasillos. También venía en

su silla de ruedas por las noches, me bajaba los pantalones y, como a un hijo, me hacía cosquillitas por el cuerpo. Después se santiguaba y me recordaba que solo Dios es quien para juzgar.

La madre Eulalia jugaba conmigo al cinquillo en el patio, como jugaría con un hijo.

La madre Clara casi no me hablaba ni me hacía caso, tal y como hacen muchas madres con sus hijos.

La madre Adela me daba fuerte con la regla en los nudillos si yo hacía trampas y me saltaba un padrenuestro del rosario, como si fuera su hijo.

Yo le tenía un cariño especial a la novicia Sor Inés, que era más joven que el resto y que me enseñó a leer y a escribir mi nombre. Por las noches la buscaba, me subía a sus piernas y acurrucaba mi inocencia infantil entre sus pechos. Eran grandes y calientes. No era el único que apreciaba aquello. Una noche me desperté entre pesadillas, me asomé a su puerta y descubrí que a la madre Clara también le gustaba acurrucarse entre los pechos de Sor Inés.

Pero solo Dios puede juzgar.

Una sobremesa cualquiera, mientras estaba sentado en el regazo de Sor Inés, la madre María pegó un grito y señaló a mi entrepierna. Hubo mucho alboroto y algunas risas. Al día siguiente decidieron que había llegado el momento de enviarme con los monjes camilianos.

El día que abandoné a las monjas me llevaron a la tumba de mi madre para despedirme. Recuerdo una hu-

milde cruz de madera. En aquel momento, y aún hoy, las pocas veces que pienso en ella, la imaginé dentro de su ataúd con las piernas bien abiertas, el rostro desencajado de dolor y la espalda encorvada. No me culpes, aparte de estirar la pata, jamás he estado seguro de que hiciera otra cosa en el mundo que haberme parido de culo. Así fue como dejé atrás a las monjas.

Mis huesos, y las carnes que los cubrían, fueron a parar a un monasterio de clausura, silencio y frías paredes de piedra, también en Jaén. En realidad, lo segundo era una falacia. A los pocos días de estar allí ya los escuchaba susurrar por los pasillos. Cuando se acostumbraron a mi presencia, mis padres ya hablaban abiertamente y por los codos. Más que monjes eran urracas. Ahora bien, cuando había visita, todos callaban como piedras.

Así aprendí que también a los monjes solo Dios puede juzgarlos.

Nunca abandonábamos las paredes del monasterio. Unos pocos de ellos, muy contados, salían al exterior para conseguir utensilios y alimentos que no podían producir dentro. La vida allí consistía en madrugones para rezar, jornales agropecuarios de sol a sol y otros trabajos de organización en los que se afanaban como si el «Dios te lo pague» incluyera también incentivos a sus cuentas corrientes.

No tardé mucho en descubrir que aquello que en educación las monjas cosechaban con sus nudillos, los monjes lo

buscaban a latigazos. O podemos decir que escapé del coscorrón y di en el varazo.

Pero aquel era mi único mundo y del resto no podía conocer mucho más de lo que alcanzaban las ventanas del monasterio. De esta manera, crecí en el convencimiento de que la vida llevaba implícitos el recato, el frío de las paredes de mi habitación y el arduo trabajo dedicado a la fe.

Eso no duró siempre. Gracias a Dios, supongo.

El Padre Alberto cayó en la cuenta de que no sabía si mi silencio se debía a la fe o a la incapacidad. Pensó que me vendría bien ampliar mis conocimientos de lectura y escritura. El cura que se encargaba de las confesiones fue el que me enseñó esas artes básicas. Lo hizo con la paciencia justa para poner de vez en cuando su puño sobre la mesa, pedirme que colocara la frente él y arrear con la mano libre un pescozón en mi nuca mientras retiraba el puño. Era un maestro en el golpe doble. Le estoy agradecido pese a todo, pues, obviando las migrañas vitalicias, sus enseñanzas me permitieron disfrutar de la extensa literatura que el monasterio guardaba en su biblioteca. Aquel enorme lugar escondía, junto a algunos incunables y a los ejemplares firmados por Cervantes, Bécquer o Quevedo, donaciones de lo más variopinto con libros juveniles de Tintín, El club de los cinco o El principito. Así aprendí que había otras formas de estar en el mundo.

Mis estancias en la biblioteca eran mi único consuelo. Los monjes me privaban de los placeres banales, pero en

sus mesas nunca faltaba el vino. Tuve que seguir al dedillo no solo el séptimo y el octavo mandamiento, sino todos los demás, pero no hubo día en que no los viera a ellos faltar a alguno. Así aprendí que no todos éramos iguales a los ojos de Jesús, pues los curas eran sus hermanos y yo un primo. Parecía que había cometido un pecado por el hecho de ser niño y, como oveja descarriada, estaba condenado a recorrer la cañada de la amargura. El Antiguo Testamento se aplicaba a mis actos con la misma alegría con que los monjes interpretaban el Nuevo para los suyos. Llegué a la conclusión de que cualquier placer que se me negase debía exhibirse ante mis ojos —incluidas aquellas películas pornográficas que ponían en el canal de pago de madrugada— para que así me dieran muchas ganas de ordenarme sacerdote y poder disfrutar de la vida. Yo hacía lo que podía, claro. Confieso que aprendí a descubrirme agazapado bajo la mesa durante sus proyecciones.

Un día me vieron lo suficiente crecido como para salir con uno de mis padres al mercado en busca de víveres. Fue la primera vez que las puertas del monasterio —que para mí eran las del mundo— se abrían ante mis pasos, y lo hicieron con tanta fuerza que no volvería hasta muchos años más tarde. Lamento no poder contarte para qué.

Me gustó el olor del bosque, me sorprendió el vaivén del coche y reí con los chistes que se escuchaban por la radio; pero lo que más me fascinó fue el ruido del mundo, el bullicioso trasiego de la gente que recorría como hormigas

la ciudad de Granada, el milagro de la tecnología, los pasos decididos de las mujeres en las que me fijé; al fin y al cabo, toda la existencia que se me había ocultado tras aquellas paredes de piedra y que yo solo conocía por los libros. Tanto me gustó todo y se abrieron mis ojos a la vida que, cuando el taxi paró en el mercado y el monje se giró para buscarme, yo ya no estaba allí.

Como soy prácticamente ajeno a los detalles de mis antecedentes familiares, desconozco también de dónde me vino aquel súbito despertar a los placeres terrenales. Podríamos decir que mi vida empezó aquel día que salté precipitadamente del taxi y escapé del redil de Dios para pasar por cuenta del diablo. Ya lo verás, querida lectora.



andrescardenete.com